

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

La Novela Semanal Cinematográfica



**ROCÍO
DALBAICIN**

POR
ELISA RUIZ
ROMERO
(ROMERITO),
JUAN DE ORDUÑA, etc.

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

.....

ROCÍO DALBAICÍN

Cinedrama, español interpretado por los célebres artistas ELISA RUIZ ROMERO (ROMERITO), JUAN DE ORDUÑA, Felipe Fernán Suar, Francisco Priego, Genoveva Valles, Eduardo Gascó, etc.

Argumentada y dirigida por

MARIO RONCORONI

Dirección técnica: GIUSEPPE SESIA

EXCLUSIVA DE

LEVANTINA FILMS

ROCÍO DALBAICÍN

Argumento de la película

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

En la gran noche del mar navegaba el trasatlántico, con su carga de vidas que unió el azar sobre la misma ruta.

La ausencia, tan larga, fué el triunfo. Y tras el tiempo de peregrinación y de lucha por la gloria, Rocío Dalbaicín, musa de la canción, lucero de la tonadilla, volvía a su patria.

Desde la borda contemplaba la línea lejana, azul de la tierra.

—Aquello es España, señorita... — le dijo un oficial de a bordo.

Y la artista de moda suspiró al ver aparecer a lo lejos la costa de su país.

—¡Tierra mía! — murmuró—. ¡Mi hogar!

Y quedó inmóvil, con los ojos fijos en las playas que se agrandaban y que no tardaría en pisar.

Imágenes confusas mundaban el pensamiento de la viajera. Y en el giro febril de sus recuerdos se destacaba la visión de las cuatro ciudades donde Rocío comenzó a vivir su vida de artista: Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla.

En aquellas grandes poblaciones había conocido el entusiasmo que acompaña a la popularidad. Ahora, al volver del Nuevo Mundo, una sensación de inquietud la llevaba a recordar las capitales que la habían generosamente aplaudido.

Mas no eran sólo evocaciones alegres las que pasaban por su imaginación mientras el trasatlántico enfilaba su proa hacia el puerto. Escenas de pesadilla y dolor se reproducían ante ella, hiriendo su corazón que demasiado pronto había conocido las asperezas del vivir.

—¡Dios mío! — murmuró—. Dame la paz. ¡Abreme las puertas de mi hogar y los brazos de mi padre!

Porque los tenía cerrados para siempre, desde que ella, cuando en vez de ser Rocío Dalbaicin era simplemente Elisa Urbietta, había abandonado el hogar paterno para correr tras el misterio de un amor de aventura. Abandonada más tarde, sin poder volver con su tami-

lia, optaba por dedicarse a la canción y aunque la gloria sonreía sin cansarse, la muchacha no sabía olvidar su pasado.

*
**

Entretanto, allá lejos, en una casa de campo cercana a Valencia, un anciano velaba, dolorosamente.

Era el coronel Urbietta, rugosa y noble encima que ni las miserias abatieron ni los infortunios ablandaron.

En su viejo despacho que conocía el paso de tantas generaciones de Urbietas, el coronel escribía en su libro de memorias:

Son dos mis hijas: Elisa y Aurora. Pero una solamente heredará mi hacienda, pues que también heredó mi alma y mi sangre. Para Aurora mi cariño y mis bienes, todo aquello que es mío. De Elisa nada sé ni quiero saber nunca. Mujer loca que abandonó mi hogar y gobierna desde entonces su vida sin acatar mi voluntad de padre. Para ella mi olvido y cerradas las puertas de mi casa...

Quedó un momento extático, atormentado por la duda... ¿Creía verdaderamente lo que

acababa de escribir? Por una parte su dignidad ofendida le obligaba a mantenerse inflexible con su hija, pero a veces también su amor paterno le llevaba a perdonar.

Y fué a acostarse, rodeado por las sombras de la incertidumbre que llenaban de modo cada vez más espeso su corazón.

Aquella misma noche, en Madrid, a la sombra del Museo del Prado, un viejo pintor y un joven discípulo conversaban.

—Libre de mi tutela vas a vivir, Fernando — le decía el profesor—. Trabaja siempre con fe y que la bondad dulcifique tus horas de lucha... Sé siempre bueno, Fernando, sé hombre y cuida de la ajena felicidad más que de tus dolores...

—Seré bueno, seré hombre. ¡Se lo juro, maestro!

Quien daba el adiós a su profesor era Fernando Michelena, joven artista, un muchacho huérfano que había acabado sus estudios en Madrid.

Había estado algunos años en París y Madrid estudiando en los hermosos Museos los grandes secretos de la pintura. Y ahora iba a regresar a Barcelona para comenzar a trabajar con fe en las creaciones de su inspiración. Pensaba también ir a un pueblecillo de Valencia donde había dejado algo interesante y hermoso: una novia, Aurora Urbietta, cuyas car-

tas le sirvieron de acicate en los tiempos de desfallecimiento.

Allá en su vida de campo, lejos de todo estruendo ciudadano, el coronel Urbietta y los



...había dejado algo interesante y hermoso: una novia...

suyos vivían una sencilla y plácida existencia.

Vivía el coronel con su hija Aurora, y doña Jesusita, su hermana, una solterona buena como un pedazo de pan.

A la mañana siguiente, al levantarse, el co-

ronel pareció haber adoptado una definitiva resolución. La noche de insomnio, de amargo desvelo, en la que se le aparecía constantemente el recuerdo de la hija ausente, le había llevado a sentirse generoso con ella y dispuesto a perdonar.

Y tomada ya esta resolución que llevaba muchos meses aplazando entre distintas contradicciones, pareció que una serena alegría y paz armonizaba en su espíritu con la apacible belleza de los huertos que extendían sus frutos de miel.

Llamó a su criado Fidel. Era éste en el hogar de los Urbietas, un gran personaje. Antiguo servidor, sus brazos fueron cuna de las señoritas.

—¿Por qué rincón andará la vieja de mi hermana? — le dijo—. Búscala, Fidel.

El servidor corrió a cumplimentar la orden y Urbietas quedó en el jardín respirando la olorosa fragancia de una tierra pomposa y fecunda.

Aurora se acercó a su padre. Era esta hija una muchacha risueña, siempre juguetona, que traía al mundo la alegría de sus diez y ocho años de ilusión.

En aquella dócil y buena Aurora, refugiaba el coronel todo su amor de padre...

—¿Qué, qué hay en esa cabecita de pájaro? — le dijo acariciándola.

La muchacha, sonriente, respondió:

—Dime, papá. ¿No es hoy cuando Fernando, digo, el señor Michelena, había de llegar a Barcelona?

El militar miró picarescamente a su hija y se echó a reír. ¡Ah, curiosilla! ¡Demasiado le interesaban las cosas del pintor!

—¿El señor Michelena, digo, Fernando? ¡Ah, sí! Pero ¿por qué he de estar yo mejor enterado que tú?... Yo no tengo con él correspondencia directa...

La chiquilla enrojció como una de las pomposas manzanas del huerto. Sí, su mejor amigo, su novio, era Fernando. Se querían los dos sin habérselo dicho nunca, pero con silencio elocuente.

Fidel había ido entretanto a buscar a doña Jesusa. Si las gallinas no pusieran huevos y en la casa no hubiese gallinas, la complicada vida de doña Jesusita, hermana del coronel, perdería una de sus más fuertes emociones.

Fidel ya sabía donde encontrar a la vieja. En el gallinero. Y allá fué diciéndole con voz amable:

—¡Doña Jesusita! ¡Ei coronel! ¡Que llama el coronel!

—¡Allá voy!...

Y dejando a sus amigas, las aves de corral, dirigióse al encuentro de su gruñón hermano.

Aurora andaba por el huerto respirando la

fragancia campesina o meditando en el ausente que no tardaría en volver.

Y Urbietta con voz alegre, dijo a doña Jesusita:

—¡Hermana! ¡Lo he pensado bien! ¡Y creo que mi mujer la hubiese perdonado! ¡Que vuelva!

Una profunda alegría se apoderó de la vieja.

—Pero, ¿dices verdad? ¿Quieres que Elisa regrese a esta casa? ¡Qué bueno te hizo Dios! Gracias, gracias, hermano...

Con un gesto de desaliento, de disgusto, por haber cedido en su odio, agregó el coronel:

—Ayer lo hubiese dado todo para no verla nunca y hoy todo lo daría por tenerla otra vez entre mis brazos... La perdono, hermana. ¡Por la memoria de su madre que hubiera perdonado también!... Me he enterado de su regreso de América, y no quiero que se encuentre forastera, sin hogar suyo, en su propio país. Dentro de pocos días la mandaremos a buscar por Fidel.

Las lágrimas casi ahogaban al hidalgo. Pero disimulaba su turbación llorando por dentro, que es como lo hacen los valientes.

Jesusa, mujer al fin, sin poder contener su emoción, estalló en un mar de lágrimas.

—No llores ahora tú—le dijo él bruscamen-

te—. ¿O es que también es este motivo de llanto? Alégrate, tontuela... Elisa va a venir...

Y doña Jesusita rió entre lágrimas...

*
**

Fernando Michelena se hospedaba en el Hotel Ritz de Barcelona, donde pasaría los días que le retuvieren en la ciudad condal unos asuntos de herencias. Luego iría a visitar la tierra valenciana donde vivía Aurora.

Rocío Dalbaicín ya se encontraba en España. Desde un escenario barcelonés había logrado el entusiasmo ardiente de las masas electrizadas por su arte soberano. Pero la gloria no embriagaba a Rocío y en su alma perduraba la tristeza de su secreto.

El único lazo que unía a Rocío con su familia, el último refugio de consuelo que le quedaba, era un notario, viejo confidente de los Urbietta, que vivía también en Barcelona.

No tardó en presentarse ante ese severo representante de la fe pública.

—¿Qué sabe de allá?... ¿Cómo está mi padre? ¿Y Aurora... y tía Jesusita... y el viejo Fidel?

Evocaba a todos sus familiares con una emoción que ponía en su voz un temblor...

—¡Bien, Elisa, todos buenos! ¡Como entonces...!

—¡Qué alegría!... Pero... ¿nada más? ¿No puede decirme nada más...?

Ella había escrito varias veces pidiéndoles perdón por su falta. Y un silencio hostil era la respuesta a sus continuos intentos... ¿Y no habría nunca una esperanza de reconciliación?

—¡Nada más! — respondió tristemente el notario.

Ya sabía el buen notario lo que suplicaban las palabras anhelantes de Rocío... Pero ¿qué había de añadir él, si cuanto dijera sólo serviría para atormentarla?

Ella se levantó dando por terminada la entrevista. ¡No había esperanza alguna! ¡En su casa se mantenían con una inflexibilidad terrible!

Y salió abatida, preguntándose de que le servían el éxito y la fama si le faltaba la tranquilidad de espíritu, si su familia la rechazaba de su seno como algo contagioso y vil.

Pasaron dos días...

Cuevitas era un joven gordo que ejercía la profesión de periodista y que a pesar de no tener un cuarto estaba ahora en muy buena

posición. Era mediodía, y Cuevitas dormía aún en un mullido lecho.

Cuevitas había sido designado por su director para que se entrevistase con Rocío Dalbaicin. Y la *entrevistó* quitaba el sueño a Cuevitas. Es decir, se lo quitaba y se lo daba. Porque Cuevitas tenía un sueño... un sueño de amor.

Le parecía estar conversando con la célebre artista en un parque barcelonés. Rocío no sólo se mostraba dispuesta a contestar a su curiosidad profesional, sino que sentía por el repórter una volcánica y poderosa pasión. Y como premio le brindaba sus labios, una promesa de tentador amor...

Si la vida es sueño, hay sueños que ponen en peligro la vida. Esto le ocurría a Cuevitas que en los entusiasmos de su entrevista con Rocío cayó de la cama resintiéndose de la cabeza.

Despertó... ¡Agradable sueño, a pesar de todo! Era preciso no perder tiempo y lograr una entrevista con la tonadillera. Hasta ahora todos sus intentos por acercarse a la diosa habían resultado fallidos.

Fernando, en su cuarto de hotel, evocaba el recuerdo de su amiguita Aurora.

Y mientras él pensaba en su novia, allá en la tierra valenciana, Aurora escribía una carta a Fernando Michelena.

¿Cuántos días estará usted en Barcelona? No sé cuantos serán pero ya son demasiado largos... Nuestra vida es ahora poco alegre...



Aurora escribía una carta a Fernando...

¡Qué distintas estas veladas de aquéllas en que venía usted!

Y la verdad, aunque usted se ría, no consigo olvidar la tristeza de nuestra despedida, cuando usted partió para comenzar sus estudios. Recuerdo que mi padre le dijo aquella noche en que vino usted a casa por última vez:

—¡Hasta la vuelta, Fernando! ¡Valor para el trabajo! ¡Hágase un hombre... y acuérdesse un poco de nosotros!

Seguramente opinará usted que soy demasiado sincera. Pero así consigo que me comprenda usted sin ser demasiado expresiva...

Cuando Fernando recibió esta carta se enterneció...

—Definitivamente, mi novia es una cosa seria — dijo riendo—. Y pensó marchar en seguida al hogar de los Urbietas para formalizar de una vez aquellas relaciones que aun estaban en sus comienzos.

El la había conocido en Valencia, unos años antes, en ocasión de una fiesta.

Entretanto, en cierto club aristocrático de Barcelona, todas las noches las tertulias presentaban aspecto animadísimo.

Pepe Luis Recalde era uno de los concurrentes al club. Un hombre joven que "hacía su vida" alegremente. Tras un largo viaje por Africa del Sur acababa de "atracar" en Barcelona.

Un gesto melancólico ensombrecía el rostro de Pepe Luis. Parecía un hombre de turbulento pasado, cuyos recuerdos viejos le amargasen continuamente la vida. Solitario, apenas gustaba de la conversación, manteniéndose en el club en un aislamiento de enfermo. Además, había perdido mucho dinero en el

juego. Y la sombra de la ruina parecía rodearle.

—Animo, Recalde — le dijo un amigo—. Cuando conozcas a la Dalbaicín se te irá la llorona del dinero que te limpiaron en el *póker*...

—¿Y a mí qué me importa la Dalbaicín? ¿Quién es esa?

Los amigos se echaron a reír de modo salvaje.

—¡Brutal! ¿Eh? ¡Brutal!... ¡No conoce a Rocío! ¡Qué bárbaro! ¡Cómo se ve que vienes del Congo!

—Recalde — le dijo un compañero—. Rocío Dalbaicín es la mujer más estupenda que pisa las tablas... Toma, toma, salvaje. ¡Esta es Rocío Dalbaicín!

Le entregaron una revista ilustrada y Recalde vió el retrato de una hermosa mujer.

—¿Cómo? — se dijo a sí mismo, herido por la más viva sorpresa—. ¿Elisa? ¿Rocío? Pero ¿es posible?

Quedó extasiado ante la fotografía, con los ojos clavados en ella como si no lograra comprender la realidad.

¡Ay, el destino! ¡Le ponía nuevamente cerca de aquella mujer que él había en otro tiempo engañado.

Recordó... Era en la huerta de Valencia unos años antes... El había requerido de amo-

res a Elisa, y ella, criatura inocente, se dejaba arrebatar por la elocuencia conquistadora del mozo...

Después, el amor, lo irreparable... Elisa se fugaba de su casa... Y huía con él... Vivieron juntos una temporada con el aturdimiento de los amores tempestuosos... Pero Recalde no era hombre para vivir siempre con la misma mujer. Se cansó pronto de ella, la abandonó, la dejó a su suerte.

Y él comenzó a viajar por el extranjero, olvidando en el transcurso del tiempo aquella aventura... Y ahora, al regresar a España, lo primero que encontraba ante él era a Elisa convertida en Rocío Dalbaicín, en una artista de moda.

Sintió ante el retrato el deseo de verla de nuevo. de hablarla... le parecía que con la ausencia el amor había vuelto a él.

—Quiero que me la presentéis — dijo a sus amigos—. Me gusta esa mujer.

—Muy bien, chico... iremos a su camerino... No hay mujer más agradable y bonita...

Y aquella noche cuando Recalde regresó a su pensión, le pareció que llevaba en su cerebro clavada la imagen de la novia ingenua que en otro tiempo se había confiado a él.

Al día siguiente, ante la puerta del hotel, se encontraron Rocío Dalbaicín y Fernando Michelena.

—¡Rocío! ¡Usted! ¿Usted aquí? — dijo el pintor con repentina alegría.

—¡Hola! ¿Qué tal?... ¡Cuánto me alegro! Se estrecharon las manos, sorprendidos de volverse a ver.

—Bien, muy bien... ¿Y usted, Rocío? ¿Qué guapa está! ¿Eh?... Y ¿quién iba a figurarse? ¿Vive aquí?

—¡Sí... Aquí... en el hotel!...

—¡Y yo también! ¿A que vivimos tabique por medio?

Fernando y Rocío se habían conocido en París. Simpatizaron mucho... pero ella, terminada su contrata en la ciudad luz, había marchado, y Fernando tenía que quedarse para continuar sus estudios.

Durante mucho tiempo no pudo olvidar a aquella artista española que había pasado suavemente como una estrella fugaz...

¡Si hubiese podido saber que Rocío, la artista de fama, era hermana de Aurora, la humilde muchacha novia suya que le esperaba con la paciencia de las amadas provincianas en el caserón bello de su Valencia!

Fernando y Rocío entraron en el hotel y conversaron en uno de los saloncitos. Evocaban los dos los días lejanos de París...

—¿Se acuerda usted... se acuerda? — le decía el artista con un entusiasmo romántico.

—¿Cómo voy a olvidarme? — dijo ella

sonriente a ese mozo arrebatado—. Me acuerdo de todo... de todo... Era media noche... Usted cruzaba la plaza... Por la ventana oyó mi voz. Una voz que cantaba, ¡en París! aquel cantar tan sentido...

*que es una calle cualquiera,
que es una calle cualquiera,
camino de cualquier parte...*

Fernando la interrumpió, anhelante:

—¡Qué copla! A gloria me sonó. Paré los pies en seco. No pude contenerme y grité: ¡Viva España! con toda mi alma. Usted se asomó a la ventana. Nos conocimos, y a la mañana siguiente...

—...le encontré en la estación con unas violetas. Yo regresaba a mi patria. Nos dimos las manos. ¡Y hasta hoy!... Han pasado casi dos años... ¡Me acuerdo!...

—¡Y yo! Me dejó usted una estela de paz, de perfume inolvidable... Durante mucho tiempo trabajé con mayor ardor, con mayor fe...

—¡Yo también he recordado muchas veces aquel encuentro tan gracioso! Yo estaba entonces muy triste y su recuerdo, aunque fugaz, me acompañó durante mucho tiempo... De modo que casi le debo gratitud...

Se miraban dulcemente como si se sintieran heridos por el amor... No se atrevían a

decírselo... a manifestárselo, pero algo les atraía fatalmente con una ley misteriosa.

Y junto a Rocío, el pintor se olvidaba casi de la otra mujer, de la que esperaba con la confianza santa de las verdaderas enamoradas.

—Me marchó... ¿No vendrá usted al teatro? Le prometo cantar para usted la copla de París...

—Sí... sí...

Rocío se levantó.

Se llenaba de simpatía hacia ese mozo... Si en su corazón pudiera haber aún amor, sería para él... Pero su alma estaba muerta; el furioso vendaval había pasado por ella dejando yermos sus sentimientos.

Llevaba demasiado honda la tragedia en su corazón.

Mientras tanto, allá en la finquita campesina del coronel Urbietta, éste decía un día a su criado Fidel:

—Se acerca el aniversario de la señora. Como todos los años, Fidel, hemos de reunirnos

para rezar por ella... Pero ésta vez nadie ha de faltar en la casa... ¿Entiendes, Fidel? Nadie...

El viejo servidor comprendió... ¡Oh, entonces, el padre perdonaba!... Quería, pues, que Elisa, la muchacha alejada durante algunos años del hogar, volviese a él, llenando el vacío que se notaba! ¡Qué profunda alegría invadió el alma del anciano que había visto nacer a la ausente! Y enjugó unas lágrimas que huían rápidas de sus ojos.

—¡Buen viejo! — le dijo Urbietta, con gran emoción—. ¡No llores...! Y tú, que tanto la quieres, serás quien la traiga...

—¡Gracias... muchas gracias, señor!...

Y buscó las manos del militar para besarlas.

En Barcelona, Fernando Michelena retrasaba su vuelta a Valencia, deseoso de permanecer todo el tiempo posible al lado de Rocío, con la que se sentía ligado por peligrosas evocaciones románticas de París.

Como eran huéspedes del mismo hotel, tenían frecuentes ocasiones de hablarse y relacionarse. Pero nunca en el transcurso de ellas Rocío dijo una palabra de su familia... Y Fernando omitió toda conversación respecto de la novia que le aguardaba cerca de Valencia...

Un día, Fernando Michelena encontró al periodista Cuevitas.

—¡Caramba, Cuevitas! ¡Vaya con el gran Cuevitas!... ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡Has perdido carnes, buen hombre!

Eran antiguos conocidos y el periodista se complació también en saludarle.

—¡Pche! ¡El trabajo, Fernando, que consume! Y como el periódico me lo he de hacer yo, porque soy el “as”, el “hacha”... ¡Es no parar, chico! ¡El delirio!

—Lo comprendo... Tú llegarás a la categoría de inmortal...

—No digo que no, Fernando. Mi especialidad es la *interviú*. Se matan los lectores por leerme. Ahora he de preparar una con la Dalbaicín.

Cuevitas era en el fondo un pobre infeliz, incapaz de ir por sus propios medios a entrevistarse con una mujer como Rocío...

Fernando rió alegremente...

—¡Hombre! ¿De qué te ríes tú? — preguntó Cuevitas, amoscado—. ¿Es que la conoces?

—Pues sí... Es amiga... Y si quieres esta noche te la presentaré...

—¡Fernando de mi vida! ¡Eres mi padre! — dijo alegremente el repórter.

—No temas... hablarás con ella...

Y aquella noche se dirigieron al teatro Fernando y Cuevitas.

Era precisamente la función en honor de Rocío y el éxito había sido apoteósico. Regalos y flores llenaban el cuarto de la artista.

Cuando Rocío, después de haber cantado hasta una docena de canciones, se reintegró a su camerino, encontró ante la puerta a unas docenas de admiradores que venían a felicitarla.

—Un momento — dijo ella riendo—. ¡Dejen ustedes que me desnude! ¡Un momento, señores, por piedad!

Se encerró en su habitación para cambiarse de traje.

—Volando, Julita — le dijo a su doncella—. ¡De prisa! Vísteme de prisa, que quiero terminar pronto con toda esa gente!

Unicamente con un gran esfuerzo se resignaba a aguantar las “latas” de todos aquellos admiradores. Prefería siempre la soledad...

En el pasillo, Fernando y Cuevitas esperaban también. El periodista temblaba...

—Prepárate, Cuevitas, que se acerca la hora! ¿Las cuartillas? ¿El lápiz? Y el pulso. ¿qué tal?

—Bien... bien — dijo temblando—; todo normal...

Julita abrió la puerta y una irrupción de

modernos bárbaros, adoradores de la diosa, penetró en el santuario.

—Pasen ustedes, fieras — les dijo Rocío, alegremente.

Y todos aquellos elegantes caballeros, hombres de todas las edades, tenían aspecto de un alegre tropel de colegiales en libertad.

—¡Viva Rocío Dalbaicín! ¡Hurra por la mujer más guapa del mundo! ¡Hip, hip!

Cundía el entusiasmo... Entre los recién venidos, casi junto a la puerta, esperaban Fernando y Cuevitas.

El empresario llegó sosteniendo en sus manos una bandeja llena de copas de champaña. Había que celebrar el éxito de la artista.

—Echadme una mano, vagos, que me desplomo...

—¡Esto es un empresario! Champaña, champaña... ¡Viva don Currito!

—¡¡Viva!!

Y todos bebieron alzando las finas copas por la eterna gloria de la artista.

Fernando, en un rincón, no compartía el entusiasmo general. Unos celos misteriosos le ponían de mal humor. Le parecía que ninguno de aquellos admiradores tenía derecho a permanecer allí al lado de la bella criatura.

La voz de Cuevitas le distrajo de sus meditaciones.

—Fernando... ¿Para cuándo guardas mi presentación?

—Tienes razón... Espera un momento...

Rocío habiendo descubierto entre el sin fin de sus admiradores a Fernando, se acercó a él con una sonrisa exquisita.

—No me dice usted nada... Ni un elogio... ¿Se ha desilusionado? La verdad, ¿le gustaba más en París?

—¡Oh! — vaciló el joven—. ¡Usted siempre es la misma... canta usted siempre maravillosamente!...

Dos caballeros entraron en la habitación. Eran Pepe Luis Recalde y un amigo suyo.

Pepe Luis no había logrado vencer la tentación y acudía con extraño impulso a ver a la mujer a quien había tan indignamente abandonado. Su nueva vida de ella y la contemplación de su retrato le obligaban a realizar aquel paso decisivo.

Fernando iba a presentar a Cuevitas, cuando la voz de otro hombre distrajo a Rocío Dalbaicín.

—Rocío — le dijo el amigo de Pepe Luis — traigo un gran amigo del "club". Un admirador apasionado... Pepe Luis Recalde...

Al escuchar este nombre que evocaba en el alma de la muchacha tan dolorosos recuerdos, se volvió y vio ante ella la figura de Recalde.

—¿Tú?... — murmuró.

Por un instante pasó por su corazón todo el pasado. ¡El engaño, la fuga, el abandono, toda su desgracia!...



...vió ante ella la figura de Recalde.

Y sin poder resistir la emoción, cayó desvanecida...

El alma fría de Pepe Luis no esperaba tanto... No pudo creer que le causara su presencia tal impresión...

Fernando, sin comprender, miraba a Recalde y a la amada desvanecida... ¿Qué signifi-

caba aquel desmayo? ¿Qué había podido ocurrir entre los dos?

El empresario y algunos amigos corrieron en auxilio de Rocío, hasta lograr que volviera en sí. Don Currito rogó a los admiradores:

—¡Dejémosla, señores!... Esto no tiene importancia. La noche ha sido para “hacer” nervios. Y Rocío es una chiquilla sensible... Nada, no ha pasado nada. Los triunfos molestan más que los fracasos...

Y todos salieron, Fernando y Pepe Luis entre ellos, dejando sola a Rocío, que lloraba amargamente ante el espectro del pasado que volvía...

Definitivamente, Cuevitas se quedaba sin interviú.

*
**

Al día siguiente, Pepe Luis Recalde escribía una carta a Rocío.

“Siquiera para condenarme te suplico que me recibas... Quiero verte, quiero adorarte como antes, cuando todavía no te llamabas Rocío Dalbaicín... De rodillas, Elisa, mi Elisa, te pido me escuches... A las once, esta noche,

acudiré a Montjuich. Espérame junto al monumento de Manelich. Por última vez, hableremos...

Pepe Luis.

Mandó la carta esperando con ansiedad la hora de la cita. Se sentía de nuevo atraído hacia las gracias de Rocío... Y aquella noche cierto arrepentimiento por su conducta pasada le obligaba a justificarse.

También Fernando sentía un gran malestar... Le extrañaba lo ocurrido la noche anterior. ¿Qué relación podía existir entre aquel desconocido y la artista? Esas mujeres de teatro tienen una vida tan accidentada, tan varia, que pesan sobre ellas las aventuras con una continua sucesión... ¿Qué habría entre ellos?

En la soledad que le embargaba sentía que aumentaba poderoso su amor por Rocío mientras olvidaba por completo a Aurora. La llama de la nueva pasión consumía los amores lejanos...

Aquella noche a eso de las once Rocío marchó a Montjuich.

—¿No deja la señorita que la acompañe? — preguntó su doncella.

—¿Para qué? Voy a Montjuich. A las doce estaré aquí...

Y marchó en automóvil hacia los floridos

parques, encantadores bajo la suave luz lunar. Ya la esperaba Pepe Luis Recalde con la viva ansiedad de aquella entrevista definitiva.

Rocío había aceptado ir a la cita para quitar toda esperanza de reconciliación al seductor de su honra. ¡No quería saber más de él!

Al verla llegar Pepe Luis adelantó unos pasos...

—¡Elisa! — dijo sollozante.

Ella le atajó molestándole que le diese el verdadero nombre de sus días felices que ya no podían pertenecerle.

—No me llames Elisa. De lo que fué ni una palabra... Acabemos... ¿Qué quieres? ¿Por qué me has escrito?

—He venido a justificarme, a pedirte perdón...

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en los labios de la artista. ¡Miserable! ¡Cómo sabía mentir!

—¿Para qué quieres explicarme? ¡Hasta el perdón sería inútil!

—No busco tu perdón... Busco mi vida que tienes tú y será la que tú quieras... ¡Te he vuelto a encontrar... y quiero reconquistarte... porque te amo!

—Entre los dos no hay ya cariño, sino una gran vergüenza y un gran dolor... — le respondió ella con desprecio.

Callaron unos momentos. Aspiraban el olor

exquisito de los jardines en sombra. A lo lejos brillaba la ciudad con sus grandes luces que palpitaban... Unas estrellas claras ponían en el tejido azul su curiosidad femenina...

—Elisa... A pesar de todo, mi amor por ti no ha muerto...

—¿Hablas de amor? — le dijo ella con palabra que temblaba de ira—. ¡Y el que yo te tuve mató a mi madre... destrozó mi casa... me dió esta vida errante y llena de lágrimas!... Ya ves lo que hiciste... ¡Aunque no puedas olvidarme, vete!

Y mientras ellos conversaban, en el hotel, Fernando, que había preguntado por Rocío con un deseo de volverla a ver, oía de la doncella Julita estas palabras:

—Se fué a Montjuich, señorito... Quiso ir sola... y parecía muy preocupada...

Esta inesperada salida hacia el solitario parque a aquella hora causó a Fernando profunda extrañeza. La relacionó inmediatamente con la presencia de aquel hombre que había turbado de tan intenso modo a Rocío, y lleno de ansiedad subió a un automóvil y ordenó le condujeran a toda velocidad hacia Montjuich.

Ya en el parque, cerca de la estatua de Manelich, el glorioso héroe de "Tierra Baja", Rocío y Pepe Luis seguían discutiendo en una conversación inútil.

Recalde insistía... no podía acostumbrarse a la idea de no ver nunca más a Elisa... La había abandonado cruelmente, pero ahora ante su presencia había sentido de nuevo el arrepentimiento.

—Dime qué ha sido de tu vida... qué has hecho... después que te dejé...

—Nada quieras saber — le dijo ella—. Ni lo que fué de mí...

Y añadió, mirándole trágicamente con sus negros ojos que brillaban:

—Ni de mi hijo...

—¡Ah, un hijo! — exclamó el hombre—. ¡No se acabó todo! ¡Soy padre... necesito a mi hijo!...

Y el sentimiento paternal estallaba feroz con la vibración de un cataclismo poderoso. ¡Era padre! ¡Lo más grande que se puede llegar a ser! Y en su alma asomó todavía la lucecita de la esperanza.

—Entonces... aun podemos vivir juntos... casarnos... formar un hogar...

—¡No, Pepe Luis!... No confíes... El hijo, si viviese, sería mío... solamente mío...

—¿El no vive? — preguntó con miedo.

—Nó, no vive... ¡Era, a pesar de todo, demasiada felicidad para mi pecado!...

Pepe Luis bajó la cabeza... ¡Ay, el hijo!... Y sintió que otra vez se hundían súbitamente los amores inmortales que habían nacido en

su corazón... Pero en cambio Rocío estaba a su lado... y él percibía la esencia de sus ropas... y se decía que aquella mujer, aquella magnífica criatura... había sido... suya... suya...

—Por mi vida, Elisa — exclamó—. Ahora que vuelvo a verte, que te veo cerca, es cuando siento lo que te quería... lo que vuelvo a amarte.

Una carcajada estremeció la noche.

—¿Qué quieres?... ¿A quién? — gritó ella, burlona—. ¿A Elisa? ¿A Rocío? ¿O quieres mi dinero?

Había antes amado a Pepe Luis, pero después del abandono, el cariño desaparecía en seco convirtiéndose en frutos de odio. ¡Nunca, nunca con él!

—Morir sería más piadoso que vivir otra vez cerca de ti — añadió.

—¡Piedad... te lo suplico...! —murmuró él—. Toda mi voluntad está en recobrarte, en tenerte...

—¡No... nunca!... ¡Vete!...

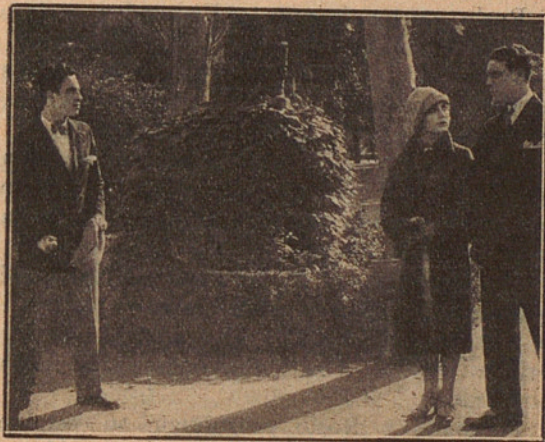
Pero Pepe Luis había saltado sobre ella, y sus brazos fuertes, de roble, atenazaban el talle de la mujer y sus labios buscaban los de Elisa, esquivos y palpitantes...

—¡Mía... otra vez mía!...

—¡Auxilio...! ¡Auxilio! — gritó la infeliz.

Y se dispuso a luchar con todas sus fuerzas contra él.

Allí cerca había descendido del automóvil Fernando Michelena, quien al escuchar las demandas de socorro acudió veloz a prestarlo.



...ágil y enfurecido, se lanzó sobre él...

Vió a Rocío que luchaba con un hombre: el de la noche anterior. Y ágil y enfurecido, se lanzó sobre él abofeteando al miserable.

Rocío dió un grito al reconocer a su salvador:

—¿Usted?... ¿Es usted?

—Yo... que he venido a salvarla... Sospechaba algo...

Pepe Luis, en un rincón, permanecía silencioso, aturdido aún por la sorpresa y las "caricias" del inesperado defensor.

Rocío murmuró junto a Fernando:

—Acompáñeme...

Y los dos se perdieron en el silencio de los jardines, mientras Pepe Luis, enfurecido, prometía vengarse algún día del intruso...

¡Ah, su mala estrella! Comprendía bien que Elisa no le quería, que era como un muerto que volviese inoportuno a pedir su puesto en la existencia humana...

No quiso agredir a Fernando... ¿para qué ahora?... Necesitaba calma, reposo, sosiego... Y marchó veloz hacia la ciudad, sintiendo por primera vez en su vida un hastío, una desazón por todo...

Fernando y Rocío proseguían su camino nocturno por las avenidas del parque... No se hablaban... Iban uno al lado de otro, meditando en los acontecimientos.

De pronto él rompió a hablar:

—No quiero preguntarle nada, Rocío... Sólo sé que esta noche, ahora mismo, me acuerdo de aquella otra noche de París...

—¡Pobre Fernando! —dijo la mujer—. Si usted supiera... ¡Hoy no... hoy no puedo

contarle!... ¡Mi vida es tan amarga!... ¡Ya ha conocido usted uno de mis secretos... que existe algo entre aquel hombre y yo!... Ya entró usted en mi vida... Nunca volveré a ser para usted aquella dulce amiga que cantaba en París... Ya no soy más que una pobre mujer... que tiene un triste pasado.

—Rocío... ¡Nada quiero saber! ¡Dentro de toda mi tristeza, usted sigue siendo la misma!...

—No sé... Es posible... Y eso quiero ser siempre... Un recuerdo mejor que una verdad... Un sueño mejor que una aventura... No piense más en lo de esta noche...

Subieron al *auto*, dirigiéndose al hotel... Fernando hubiera deseado preguntar, indagar, saber algo... Pero sólo encontraba frases vagas, de evocación... Y el pintor que amaba con todo su corazón a Rocío, sentía una timidez invencible. ¿Cómo confesarle que la quería?

Se despidieron en el hotel. Ella habló. Había terminado su contrata en Barcelona... Se iba a pasar unos días fuera... hacia algún rincón donde olvidar...

Fernando no quiso saber; le pareció indiscreto preguntar ahora. Pero se juró seguir a la mujer que adoraba hasta el fin del mundo.

**

Al día siguiente Rocío Dalbaicín embarcaba con rumbo a Mallorca. Iba a buscar un poco de olvido en la suavidad de la isla dorada.

Pero Fernando Michelena, sabedor de que la artista embarcaba, había tomado pasaje en el mismo barco. Durante la noche se ocultó a la presencia de ella. Mas al amanecer, cuando Rocío había ido a cubierta para admirar el sublime espectáculo de la salida del sol, Fernando se acercó a la amada.

—¿Es posible? — dijo ella—. ¿Usted aquí?

—No pude olvidarla... He pensado que no le sería tan desagradable mi compañía en Mallorca...

—¡Oh, no... no! ¿Pero quién iba a imaginar que usted viniese?

Le agradecía su presencia y se sentía turbada al lado de este muchacho apasionado... ¡Si no tuviera en el corazón tan amargos recuerdos, tal vez ella se mostrase feliz con unirse a este artista joven!

Fernando lo había olvidado todo para correr tras de Rocío. Había dejado sin contestación las apremiantes cartas de Aurora que se quejaba extrañando su ausencia. Pero él

estaba dispuesto a romper con aquella novia provinciana para ser un esclavo de Rocío.

¡No podía sospechar los juegos mágicos y peligrosos de la casualidad!



¿...quién iba a imaginarse que usted viniese?

Los dos jóvenes permanecieron largo rato sobre cubierta... Hablaban. ¡Oh, la alegría de hablar! ¡Decirse todo sin decirse nada!...

Y el paraíso de Ruben, Mallorca, brotaba toda de oro entre la espuma mediterránea... Desembarcaron en Palma. Visitaron los ado-

rables lugares de la magnífica costa que encierra para todos un encanto de paraíso.

El aire perfumado de Mallorca les envolvía llenándoles de felicidad, haciéndoles olvidar la pesadilla de la Península.

Y mientras tanto, el mismo día que Rocío partiera de Barcelona, llegaba a ella, con ánimo de llevarse a Elisa a su tierra, el buen Fidel, comisionado por el coronel Urbietta.

Allá lejos, en tanto, ¡qué deliciosa crueldad en la espera de todos los días! Aurora se sentía inquieta, y todas las mañanas al ver pasar el cartero se encendía en su espíritu la esperanza de tener carta del ausente. ¿Por qué no contestaba Fernando? ¿Qué le sucedía?

Y viendo que los días se deslizaban sin noticias, comenzaba a perder la alegría de su temperamento.

—No te apures, sobrina — le decía doña Jesusita—. Tu pequeña tragedia hará más grande la alegría de mañana... El no puede tardar... Algunos asuntos importantes deben retenerle en Barcelona...

Y Aurora creía con la ingenua fe de todos los corazones de virgen...

Y en Mallorca, Fernando y Rocío seguían recorriendo los maravillosos lugares de aquel paraíso.

Iban sintiéndose atraídos uno hacia otro, sin notarlo, con la misteriosa complicidad de

aquella Naturaleza sensual que cantaba la grandeza del amor...

Un día, en el hotel, Fernando intentó acariciarla... besarla... Se sentía lleno de pasión por su compañera de viaje. ¿En qué pensaban? ¿Por qué no tener por marco aquella tierra hecha precisamente para el cariño?

—Rocío — dijo —, no puedo callar más... Yo la quiero...

—¡No... no! — interrumpió ella, desolada, temerosa—. ¿Para qué?

Y parecía luchar entre el amor que, no podía evitarlo, sentía por el joven y el deseo de no involucrar su vida con la de él. Tenía un pasado demasiado funesto, no podía ser de nadie... ¡Pero si fuera libre! Se confesaba que entonces se uniría a este mozo que le hablaba con la sinceridad de la juventud.

—¿La ofendo, Rocío? — dijo el joven.

—No... Pero no perturbemos nuestras vidas. Aun es tiempo. Después, si usted supiera cual es mi vida...

—Nada me importa de lo que fué su pasado...

—¡Pobre Fernando! ¡Habla usted como un mozo inexperto! ¡No... el pasado no muere!... Renacería para martirizarle... Y no quiero mentir... Escúcheme...

El advirtió algo terrible en la vida de su compañera.

—Hable, entonces, Rocío... Pero yo le suplico un poco de piedad para los dos...

—En mi pasado hay un hombre odioso. ¡Aquel hombre que usted ya conoce! El destruyó mi vida, él hizo de mi paz este tormento...

¡Ah, el miserable! Fernando había adivinado... ¡Aquel canalla del camerino, del parque, era el responsable de todo!

—Fué lo de siempre, lo de tantas — siguió diciendo la infeliz—. Me obligó a fugarme con él... Y luego me abandonó... me traicionó... ¡Y qué hacer entonces? ¡Mi hogar quedó cerrado para mí! ¡Los brazos de mi padre perdidos para siempre! ¡Qué vida la mía! ¡Perder todo aquello que antes adoraba!... Y luego, un hijo...

La mujer calló... Fernando, cabizbajo, escuchaba...

—Mi hijo muere... Y mientras yo soporto mi vergüenza, el dolor acaba con mi madre...

Ella lloraba al evocar su dolorosa vida. Fernando sentía en su alma una terrible pena.

—Por caridad, Rocío, no se atormente así... Yo aun la quiero...

—No... Déjeme... Es imposible. Si yo pudiera amar, le querría a usted, pero mi vida está rota.

Fernando quiso saber, quiso averiguar más, ahondar en el fondo de aquella alma femenina.

—Rocío... contésteme... Hubo un hombre... ¡aquél!... ¿Y luego?

Ahora ella se irguió, ofendida:

—¡Nadie!... ¡Sólo aquél!... Lo juro por todo mi calvario... ¿Por qué me pregunta usted eso?... ¿Cree usted que si mi vida no fuera esa me atrevería siquiera a hablarle?...

—Perdone, Rocío, perdone... yo estaba loco... La quiero, Rocío... no me desampare usted... Usted no fué culpable de lo sucedido... Es la vida la responsable... ¡Usted, no!

Pero ella quiso acabar la dolorosa entrevista.

—Y ahora, Fernando... le suplico que me olvide... Usted comprenda... no podemos unirnos... aunque lo quisiéramos los dos. La fatalidad no quiere nuestro amor...

—¡Rocío! ¡Santa! — murmuró el mozo.

Y la besó y ella no tuvo valor para esquivar los labios.

En aquel momento entró en la salita un criado que traía un telegrama para Rocío.

La artista desdobló febrilmente aquella papeleta azul temiendo alguna mala noticia. Era de su doncella y decía:

Fidel llegado Barcelona. Quiere hablarle en nombre de su familia. La espera aquí.

Levantóse rápidamente, con los ojos inquietos...

—¡Mi padre! — gritó—. ¡Será mi padre!
El está siempre delicado. Virgen mía, ¿qué
ocurrirá?



—Este telegrama debe anunciar que mi pa-
dre ha muerto...

Fernando la contemplaba sin comprender,
sin osar preguntarle.

—¿Muerto? ¡Sí! ¡Es mi castigo!... No ten-

go derecho a la felicidad... Este telegrama
debe anunciar que mi padre ha muerto...

—Pero Rocío... cálmese usted... por Dios...

Ella, desesperada, temiendo que la inespera-
da llegada de Fidel encerrara algo gravi-
simo, le rechazó y dijo:

—¡Déjeme! ¡No me siga! ¡Olvideme! ¡Se
lo ruego, se lo suplico, se lo mando!

Y salió de allí, mientras Fernando se pre-
guntaba con profundo dolor a qué podía obe-
decir aquella desesperación... ¡Mujer extra-
ña, indefinible!... ¿Es que la iba definitiva-
mente a perder?

Rocío había regresado a Barcelona... Y
Fernando quedó todavía unos días en Mallor-
ca, vagando desolado, diciéndose cómo se arran-
caría de su corazón aquel amor imposible.

Rocío había celebrado una entrevista con
Fidel... Y la conversación con el viejo ser-
vidor traía de nuevo la paz a su alma... No,
no era nada malo referente a su padre, sino,
por el contrario, el perdón que llegaba des-
pués de los tiempos de prueba.

Iba a marchar rápidamente aquel mismo día

hacia el pueblecillo valenciano. Pero antes quiso escribir una carta de despedida a Fernando, el pobre muchacho que la quería y que ella hubiese amado también. ¡Pero, no podía ser, no debía ser! ¡Su pasado la hacía prisionera de la soledad!

Soy feliz, inmensamente feliz — le decía—. Lejos de llevarme a un nuevo sufrimiento aquel telegrama ha encendido de gozo y esperanza mi corazón. ¡Vivir, vivir! Mi padre me perdona y ya parece nueva toda mi vida. Usted debe olvidarme... yo no puedo ser suya... Adiós...

El pobre artista quedó abatido al leer esta carta... ¡No había pues esperanza alguna!... Y abandonó Mallorca, dispuesto a olvidar, a sufrir...

Elisa había partido con Fidel hacia su tierra... El viaje le pareció interminable... Había sol en el cielo, lágrimas en los ojos de Elisa... Y a través del llanto y de la luz, la casa de Urbietta, templo, refugio, cuna...

Vió de nuevo con profunda emoción aquella tierra que le recordaba las horas más felices de su existencia. Acercóse a la verja... Iba a entrar en la casa...

—Espera tú, Fidel — le dijo al criado—. Sola me fui... Sola quiero volver...

Pisó la arena del jardín, con miedo, pare-

ciéndole demasiada felicidad la de volver al hogar. Y de pronto vió ante él la figura recia de viejo hidalgo, de Urbietta.

Quedarón los dos mirándose un momento, sin atreverse a hablar... hasta que el viejo, olvidando para siempre sus rencores, le dijo con acento trémulo:

—¡Entra, hija mía! ¡Dios te traiga a mi casa!

—¡Padre...!

Y la sacrificada, la víctima del mal amor, se echó en los brazos paternos, llorando desesperadamente...

El viejo intentaba ocultar sus lágrimas.

—Vamos, hija mía, cálmate... Elisa, no hablemos ya del pasado... esta casa te brinda la paz...

Luego aparecieron tía Jesusita y Aurora, y la muchacha las abrazó y besó con una emoción indescriptible.

Lo miraba todo asombrada, pareciéndole que no era posible aquella realidad magnífica. Ella en su casa, otra vez como si nada hubiese ocurrido...

Y el viejo Fidel, ocultamente, se enjugaba su llanto. ¡Ay, la dulce señorita!

Pasaron unos días de maravillosa felicidad. Elisa quería olvidar definitivamente los años en que estuvo ausente del hogar... Los quería borrar, destruir de su memoria. Pero a veces

de todo aquel triste dolor de otros días sólo una cosa se levantaba para emocionarla: Fernando... Lo demás lo había olvidado todo. No añoraba la gloria de la escena, no volvería a ella... Rocío Dalbaicín había muerto... Ahora Elisa Urbietta volvía a recobrar su personalidad.

Elisa había notado que su hermana Aurora había perdido la alegría de otros tiempos. A veces la sorprendía pensativa como si algo la atormentase hondamente.

—Y esa cara, hermanita, ¿por qué? — le preguntó una tarde.

—¿Yo? Si nada tengo... — decía Aurora, con disimulo.

Pero pensaba en Fernando, en el hombre que por extraño destino flotó, sin saberlo, alrededor de las dos.

—Mírame, Aurora, tú tienes penas... ¿Puedo saber qué te tiene a punto de llorar?

—No... Si no es nada... Si no me ocurre nada...

Pero Elisa, con la intuición de las mujeres que han vivido mucho, comprendió:

—¡Ya sufres, pobrecita! ¡Ya sabes sufrir!

Adivinaba un amor, una pasión mal correspondida. Pero no quiso ahondar más en el corazón de la chiquilla. ¡El amor, tormento de la existencia!

Y la estrechó en sus brazos con una ternura maternal.

Mientras tanto, Pepe Luis Recalde, que el último día de la estancia de Elisa en Barcelona viera a la artista en compañía de Fidel, había marchado a la casa de campo de Urbietta. Enterado de que la joven no se encontraba ya en Barcelona, supuso con razón, al verla con el antiguo servidor, que regresaba a su casa. Y a ella se encaminó lo antes posible.

Cierta tarde, Elisa paseaba por el jardín de su casa, cuando vió a un hombre que saltaba la verja.

Reconociéndole, corrió a él con horror.

—¿Tú? ¿En mi casa?

Pepe Luis la dijo:

—He venido por ti... Te he buscado por todas partes... Sin ti no es posible vivir...

Una negativa profunda hizo mover la cabeza a Elisa.

—¡No, Pepe Luis, es inútil cuanto intentes! ¡Debes olvidarme...!

—No puedo... No quiero dejarte, hablaré, gritaré. Lo diré todo.

—¡Miserable! — rugió Elisa—. ¡Debiste hablar antes, mucho antes de tu infamia!

—Elisa, te juro que me he arrepentido, que reconozco la gravedad de mi falta. He estado pensando en estos últimos tiempos que fuí un

loco, un malvado, al separarme de ti... Y ahora, ¿tú me mandas que olvide para recobrar tu libertad? Yo te quiero a ti, tal como eres... Y para que te obligue a volver a mí, hablaré con tu padre... Se lo contaré todo...

Hablaba exaltado, enfurecido... Parecía realmente que el amor le daba ánimos para protestar.

—Hablaré con tu padre... — repetía.

Profunda desesperación se apoderó de Elisa. ¡Ah, el miserable! Quería hacer servir su infame conducta como fuerza para su amor. No lo conseguiría.

—Quieres hablar con mi padre, ¿eh? Pues ahora, ahora mismo, hablarás...

Y gritó con voz alterada que se extendió por el jardín:

—¡Padre, padre!

El viejo coronel, que pasaba la tarde en el jardín, avanzó lentamente hacia su hija. Vió a Elisa en compañía de un hombre y apresuró el paso.

—¿Qué ocurre, hija mía?

Al ver la actitud de Elisa, violenta y enérgica, creyó estar ante un ladrón al que ella había sorprendido. Y se dispuso a darle su merecido. Pero un gesto de ella le contuvo.

—Déjale, papá. No es un ladrón. Nada viene a robar aquí. Nos lo robó ya todo. Ese hombre fué mi amante.

El viejo militar se abalanzó contra el seductor de su hija. ¡Ah, maldito! ¿Qué venía a buscar en aquella casa?

Pepe Luis, sin moverse de su sitio, se limitó a decir:

—Señor Urbietta. Estoy en su casa, y aunque me culpe, no debe olvidarlo...

—¿Qué quiere usted? ¿Qué ha venido usted a hacer aquí? — rugió el viejo.

—No deseo sino responder de mi violencia. Yo no he venido a exigir, señor Urbietta, sino a suplicar. Hable usted con Elisa y sepa que sólo quiero borrar todo el mal que le hice. Le prometo que deseo casarme con ella...

Parecía suplicar, querer de veras enmendar su conducta. Pero Elisa, mirándole duramente, dijo:

—No quiero nada de él, papá... Nada. que se vaya, que me deje en paz...

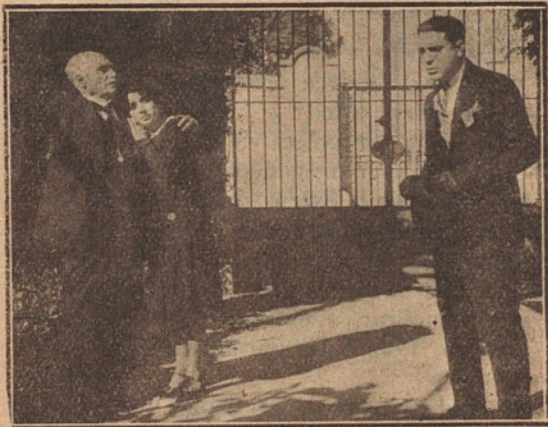
El coronel Urbietta había tenido que realizar sobrehumanos esfuerzos para contenerse, para no caer sobre el seductor de Elisa. ¿Y tenía aún la audacia de suplicar ahora, al cabo de tanto tiempo, una reparación imposible?

—¡Déjale, papá — repetía Elisa —, déjale.

—Sí, márchese usted — dijo el coronel al cabo de unos momentos—. Estas cosas han acabado para siempre... Ni un dolor más en esta casa... ¡Vamos, hija mía! Y usted, señor, nada tiene que hacer aquí...

Y dando el brazo a Elisa como para protegerla, se alejó hacia la casa.

Pepe Luis quedó un momento pensativo con



—...Usted señor, nada tiene que hacer aquí...

ansias de arrodillarse y pedir perdón por todo el daño que había hecho.

Pero había visto tal decisión en los ojos de Elisa, que optó por salir, marcharse, seguro de que nunca le perdonaría.



Pasaron algunos días. Fernando Michelena había vuelto de Mallorca y llevaba unas semanas en Barcelona. Pero estaba decidido a partir hacia el pueblo valenciano ante las cartas cada vez más apremiantes de Aurora, dispuesto a romper con ella, a contarle al coronel lo ocurrido.

Pepe Luis había vuelto a la ciudad condal. Y una noche quiso el destino reunir en el mismo club a Pepe Luis y a Fernando.

Fernando, después de la ausencia, era la primera noche que se presentaba en el club.

—¡Michelena, el auténtico Michelena, el pintor resucitado, aquí le tenéis! — dijo un amigo.

Pepe Luis, que estaba leyendo, miró al recién venido. Los dos quedaron contemplándose fijamente con un impulso homicida.

Recordaron el daño que se habían hecho, el odio que les separaba, rivales por la misma mujer.

Pepe Luis rompió el hostil silencio:

—Le he buscado varias veces, señor. Y por fin tengo el gusto de encontrarle.

Riendo, con un odio que no trataba de contener, Fernando contestó:

—¿No cree usted que lo que acaba de decir, soy yo quien debería decirlo?

—La serenidad es preferible al escándalo. Le ruego, por lo tanto, que evite las escenas demasiado fuertes.

—¡Quién es tan cínico para las mujeres, debiera no ser tan cobarde con los hombres! —gritó enfurecido el pintor.

Los socios del club se habían agrupado alrededor de los dos adversarios. Pepe Luis, con ademán despectivo, respondió:

—Todavía ignoro si es un hombre lo que hay delante de mí.

—¡Canalla!

Y un sonoro bofetón de Fernando fué la respuesta al insulto.

El duelo era inevitable. Se concertaría para el amanecer.

Fernando deseaba medir sus armas contra su rival. Quería matarle, castigarle...

Y entretanto, allá en la vega valenciana, la salud del viejo Urbieto estaba en peligro. Las emociones de los últimos tiempos habían herido gravemente su corazón.

Un amigo doctor, antiguo compañero de juventud, había acudido a visitarle. El médico le examinó, le auscultó y luego le dijo:

—Nada de particular; lo que tú tienes es lo que yo también padezco. ¡Años y nada más

que años! Te conviene mucha paz, ninguna emoción...

Y cuando el doctor abandonó la estancia, después de despedirse del enfermo, dijo a Elisa, en el corredor:



—Todavía ignoro si es un hombre lo que hay delante de mí.

—No hay gravedad próxima... Y a todo podrá sobrevivir. Pero ni una emoción, ni una contrariedad; está su corazón muy castigado. ¡No sé! Lo encuentro peor que antes... Es

como si su fuerte naturaleza hubiese recibido de pronto una herida moral...

Cuando Elisa quedó sola, comenzó a llorar:

—¡Ah, papá enfermó el día en que vió a Pepe Luis! ¡Y seré yo, yo, la culpable de su muerte!

Al día siguiente, al amanecer tenía lugar en una finca de los alrededores de Barcelona el duelo entre Fernando y Pepe Luis.

Pepe Luis resultó gravísimamente herido de un balazo en el pecho.

Fué trasladado a una clínica, donde los médicos formularon fatal diagnóstico.

—¡La herida es gravísima! Dudamos que se salve...

Pepe Luis desvariaba... En el delirio de la fiebre veía la imagen de Elisa como un tormento.

Fernando pensó marchar a Valencia el mismo día. Había liquidado definitivamente con el asunto de Rocío castigando al culpable... Y ahora, rota ya su vida por la separación de Rocío, iría a rogar al coronel le relevase del compromiso que tenía con Aurora.

Al día siguiente, en casa de los Urbietta, el coronel sostenía una conversación con Elisa.

—No como padre, sino como un viejo amigo que se siente próximo a la muerte, te ruego que me oigas, Elisa... He pensado mucho sobre tu caso. He recordado la palabra de arre-

pentimiento de Pepe Luis. Y dime, Elisa: si ese hombre, ese Pepe Luis, quisiera darte su nombre, ¿le perdonarías?

Ella miró extrañada al coronel. ¿A qué venían aquellas palabras?



—*Yo creo que deberías perdonar...*

—No, padre; no puedo olvidar el daño que nos ha hecho...

Y entonces la voz del coronel, más dulce que nunca, indicó:

—Yo creo que deberías perdonar, si él está

arrepentido de veras y quiere reparar su falta. Sólo así dejará de acusarte tu pasado. Lo que unió el mal amor, mal puede otro amor desunirlo... Piénsalo bien, Elisa. Quiso la fatalidad que fueras esclava de ese hombre. Ya no puedes ser de nadie más. Si él ha cambiado, si él quiere ser bueno, ¿por qué no perdonarle?

—¿Padre! — protestó ella—. ¡Eso no puede ser!

—¿Por qué no? Tú has querido a ese hombre... le has amado... Si se arreglaran estas cosas, si Pepe Luis se arrepintiera de veras, yo me iría del mundo contento. Entonces, dejaría a mi hija con el hombre que la quiere y que desea enmendar su falta. Si no... yo me iré viéndote sola, sabiendo que no puedes encontrar la felicidad...

En aquel instante alguien llamaba a la puerta de la casa. Era Fernando Michelena.

Fidel le franqueó la entrada y demostró su regocijo al ver al antiguo novio de la señorita.

—¡Señorito, señorito Fernando! ¡Qué alegría para todos!

—No — dijo muy serio el muchacho—. Vengo a hablar con el coronel. Pero que nadie lo sepa...

—Voy a advertirle...

Fidel corrió al despacho de Urbietta. Este se-

guía hablando con su hija Elisa, quien decía, comprendiendo tal vez la verdad de las explicaciones de su padre:

—¡Sí, papá! ¡Perdóname! ¡Haré lo que tú dices! Pero... ¡si tú supieras!

Y pensó en el otro, en el mozo que le había robado el corazón, en Fernando.

Fidel llegó a la estancia y comenzó a pasear, a buscar. ¿Cómo decirle al coronel...?

—¿Qué buscas, Fidel? — preguntó Urbietta, extrañado.

—Perdón, mi coronel. Un señor desea verle a solas... Es muy urgente, a lo que dice...

—No me gustan los misterios. ¿Quién es?

Fidel dijo algo al oído de su amo. Elisa le miraba sin comprender.

—¡Que entre! — indicó el coronel lanzando una carcajada.

Y cuando Fidel hubo salido, su padre explicó:

—¿A que no adivinas quién es ese caballere-te? Pues nada menos que el novio de la pequeña...

—¡Pobrecita! — dijo Elisa—. ¡Con lo que ella está sufriendo!

Un joven entró en el despacho. Avanzó lentamente y de pronto se detuvo, contemplando con ojos de horror a la mujer que estaba allí.

También Elisa experimentó una terrible sor-

presa... ¡La verdad, la espantosa verdad se presentaba ante ella!

—Hola, señor Michelena — dijo Urbietta—.
¿No le parece a usted que debemos ajustar



...Elisa experimentó una terrible sorpresa...

unas cuentas? ¿Qué es eso de tenernos tanto tiempo abandonados?

Fernando adelantó maquinalmente, sin saber qué decir, asombrado por la aparición. Y Elisa, loca de dolor, bajó los ojos comprendiendo la trágica realidad. ¡Cómo se complace el destino en jugar con los humanos!

¡El, Fernando, el hombre que tantas veces le había declarado su amor, era el novio de su hermana!

—Bien, hombre, bien — dijo el coronel estrechando la mano del artista—. Os presentaré: esta es su cuñadita, mi hija mayor, Elisa... Y este es el terrible Don Juan de tu hermana. Mal soltero, pero seguramente buen marido...

Los dos antiguos enamorados que se querían aún, en cuyos ojos palpitaba la pasión, se miraron fijamente y se dieron las manos.

Estaban los dos inmóviles, sin atreverse a hablar.

El coronel, riendo, les dijo:

—Bueno, Elisa, ¿qué haces? Corre a avisar en seguida a Aurora...

El muchacho hizo un gesto de vacilación. El no quería casarse con Aurora, ahora menos que nunca sabiendo que Rocío era hermana de ella.

—Un momento, señor Urbietta... yo quisiera explicarle a usted muchas cosas.

Comprendió Elisa que Fernando iba a contar la historia de sus amores con ella, y dispuesta a evitarlo, pronta a sacrificarse por su hermana, interrumpió:

—Yo soy la confidente de Aurora y sé cuáles son las culpas de Fernando, papá. Desearía hablar con él y que me las contase... Yo

le absolveré primero en nombre de mi hermana...

—Conferencien, pues, ustedes — dijo el coronel sin sospechar—. ¡Yo guardaré el secreto!

Urbieta salió. Y frente a frente quedaron Elisa y Fernando. El artista sollozó ante la mujer que amaba:

—¡Perdóneme, Elisa, Rocío, qué desengaño para usted! Era el novio de su hermana, desde hace años, pero, ¿cómo pude yo nunca imaginarme que usted...? ¡Oh, Elisa, yo quiero confesarlo todo a su padre! ¡Usted y yo nos amamos, nada nos puede separar!

Una sonrisa triste se dibujó en el rostro desalentado de ella.

—Fernando... he querido hablar con usted para decirle que me olvide definitivamente... Aquí muere nuestro sueño... Callemos los dos. Sea usted bueno, sea usted hombre, Fernando... Mi hermana le quiere, la pobrecita ha llorado tanto su desvío... No sea usted cruel con ella.

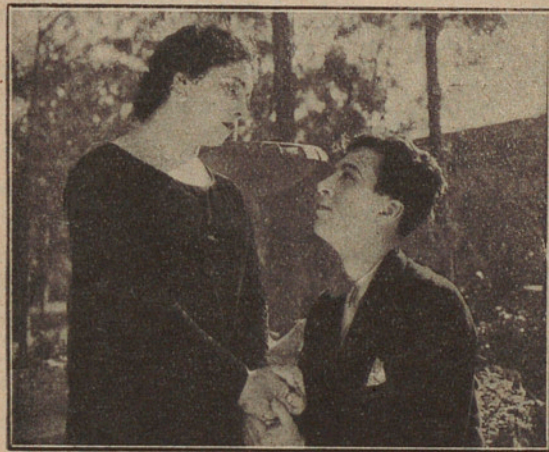
—Pero, Elisa, esto es una farsa inhumana... ¿Para qué mentir tan cruelmente?

—Sí, es una farsa — respondió con dolor, pero generosa—. Con nuestro sacrificio salvaremos dos vidas: la de mi padre y la de mi hermana...

—¡Es monstruoso, Rocío, es horrible!

Salieron al jardín. El insistió suplicando aún el cariño. Pero ella, mártir y resignada, le rechazó.

Poco después, llegaba Aurora con su padre.



El insistió suplicando aún el cariño.

La triste muchacha, llorando, se acercó a Fernando. ¡Por fin volvía, le había esperado inútilmente tantos meses!

El vaciló, sin atreverse a avanzar. Pero Elisa murmuró a su oído:

—Mírala, llena, de lágrimas, Fernando. ¡Min-tamos, renunciemos por ella!

Fernando inclinó la cabeza y acallando para siempre el amor que tenía en su corazón, fué a Aurora y le dijo dulcemente:

—¡Aurora, perdóname, Aurorita!

Un rayo de luz brilló en los ojos humedecidos de la ingenua.

—¡Fernando, Fernando!

Se sintió feliz al ver ante ella al primer hombre que amaba.

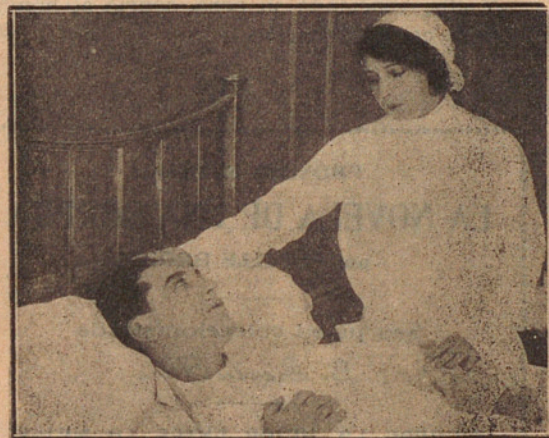
Y perdonó de corazón la larga ausencia...

*
**

Aquella misma tarde se recibió un telegrama de Barcelona comunicando que Pepe Luis gravemente herido, pedía que fuese Elisa a verle.

Y la mártir, la que había obligado a sacrificarse a Fernando, se sacrificó a su vez. Sí, sí; iría a cuidar de aquel hombre que estaba arrepentido de su mala acción, y quién sabe, tal vez con el transcurso del tiempo lograría

que el amor por él se encendiera de nuevo como en otros días. Porque Pepe Luis había sido el primer amor de su vida, el del despertar juvenil.



—*Yo te prometo casarme contigo...*

Ahora le convenía olvidar al otro, a Fernando, para siempre... Además no quería contradecir al coronel Urbieta. ¡Cómo se alegraría el viejo al ver casadas a las dos hijas!

Al día siguiente llegaba Elisa a Barcelona para vivir su vida. Fué a la clínica... Pepe

Luis estaba algo mejor. La recibió con una sonrisa triste entre sus labios secos de fiebre.

—¡Oh, Elisa, Elisa buena, gracias! ¡Yo te prometo casarme contigo, ser siempre tuyo, no dejarte más!

Y ella, venciendo su pena, sonrió al hombre herido, con resignación...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

LA NOVELA DE UNA OBRERA

por ESTELLE BRODY

Sea usted coleccionista de

Los Grandes Filmes

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

LEA USTED

CASANOVA, EL GALANTE AVENTURERO

EDICIONES ESPECIALES

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

2

